

COSTUMBRES, CREENCIAS, SUPERSTICIONES Y RITOS EN TORNO AL CICLO DE LA VIDA: MUERTE EN ACEITUNA (CÁCERES).

Ángel Zazo González.

**Nacido en Salamanca en 1969. Licenciado en Antropología Social y Cultural por la UEX. Licenciado en Ciencias Religiosas por la Universidad Pontificia de Salamanca. Profesor de E.S.O y Bachillerato en IES. San Pedro de Alcántara (Alcántara) y Garrovillas (Cáceres)
an.zago@hotmail.com**

Resumen

Se investiga el concepto y tratamiento que se da al hecho de la muerte en la población de Aceituna en Cáceres, España. Analizando cómo concibe la población la prevención ante el hecho de la muerte, la defunción, el entierro, las prácticas posteriores al entierro y el culto a los muertos.

Palabras clave

Aceituna, Cáceres, muerte, entierro, culto a los muertos.

Abstract

We investigate the concept and treatment given to the fact of death in the town of Olive in Caceres, Spain. Analyzing how people conceived prevention before the fact of death, the death, burial, following burial practices and the cult of the dead.

Keywords

Aceituna, Cáceres, death, funeral, cult of the dead

Introducción.-

“La muerte en la historia del hombre”

La cultura como concepto clave de la antropología, permite dar significado a lo que nos rodea, y está constituida, por un mundo de valores, creencias, maneras de vivir y tradiciones que se transmiten de generación en generación. Pero todo ello se halla, si bien asentado, en una estructura también a la vez sometida a un cambio constante. Ambos elementos estructura/cambio son los que mantienen viva la cultura.

La muerte, el sufrimiento y el dolor han acompañado al hombre desde la más temprana historia de la humanidad, y siempre ha reaccionado ante ella. El Homo Sapiens es la única especie

consciente de la propia muerte, y de lo que esto significa: no solo la propia finitud sino también de la de los demás seres vivos y de la del universo en general.

Desde la antropología se ha abordado ampliamente el tema de la muerte. Autores como Marc Augé, Jean Baudrillard, o Philippe Ariès, reflexionan sobre la actual "ausencia" de la presencia de la muerte en nuestras sociedades. También tenemos los estudios del ya clásico Thomas Louis-Vincent donde aborda los distintos tipos de muerte. Dentro de la antropología de nuestro país es de destacar autores como Caro Baroja o Miguel Barandiarán quienes nos sitúan en la primera parte del siglo veinte abordando las costumbres dentro de la cultura vasca en relación al rito funerario. Por su parte, Marcial Gondar, en el contexto cultural gallego. En Extremadura cabe destacar el importante trabajo realizado por Luisa Clemente Flores sobre el tema de la enfermedad y la muerte en 1988 y por Javier Marcos Arévalo, sobre el ciclo vital en esta tierra respectivamente.¹²¹

Para Beker, la motivación primaria del comportamiento humano es la necesidad biológica de controlar nuestra ansiedad básica, de negar el terror a la muerte. Las personas somos seres ansiosos por naturaleza porque, en última instancia, nos encontramos indefensos y abandonados en un mundo donde nuestro destino es morir. *"Este es el terror de haber emergido de la nada, tener un nombre, conciencia de sí mismo, sentimientos íntimos profundos, un agudísimo anhelo de vivir y autoexpresarse, y, sin embargo, pese a todo esto, morir"* ¹²².

La muerte además también tiene un componente muy importante cual es el social, aunque actualmente en las sociedades modernas y especialmente en ámbitos urbanos parece "no existir la muerte"; sin embargo en ámbitos más locales como es el caso de Aceituna (Cáceres) donde aún se mantienen costumbres y ritos que son el interés del presente trabajo.

Llegados a este punto es importante reseñar la gran dificultad que hemos tenido a la hora de realizar el trabajo de campo ya que los informantes que voluntariamente han accedido a ser entrevistados no fueron excesivos, de ahí que el presente trabajo de análisis y extrapolación de los datos recogidos no sea más extenso.

La metodología que hemos empleado en la elaboración para realizar adecuadamente el presente trabajo, hemos usado como instrumento o técnica de investigación, la **recopilación, análisis documental y trabajo de campo** sobre las costumbres en torno a la muerte y todo lo que tiene que ver con ella. En el trabajo de campo mediante entrevistas a

¹²¹ CLEMENTE FUENTES, Luisa. *"Enfermedad y muerte. Condicionantes económicos, higiénicos y sanitarios en tres pueblos cacereños (1850-1950)"*, Ed. Artes Gráficas, Cáceres, 1988. MARCOS ARÉVALO, J. *"Nacer, vivir y morir en Extremadura"*, Ed. Regional, Junta de Extremadura, Badajoz, 1996.

¹²² GARCÍA-ORELLÁN, R. *"Antropología de la muerte: entre lo intercultural y lo universal"*, Artículo en Cuidados Paliativos. Ed. Sociedad Vasca de Cuidados Paliativos, AÑO 2003, San Sebastián. España. Pág. 306

informantes varios de la localidad, tenemos que reseñar las dificultades con las que nos hemos encontrado a la hora de conseguir esas fuentes por lo delicado de la temática en cuestión.

La localidad de Aceituna está situada al norte de la provincia de Cáceres, a 125 kms. Aproximadamente de su capital, por la N-630, está Aceituna. Entre las cuatro grandes comarcas naturales del norte de Extremadura: Sierra de Gata, Hurdes, Valle del Ambroz y Valle del Alagón. La atraviesa la carretera CC-13 que une esta localidad con Montehermoso por un lado y Santibáñez el Bajo por el otro. La altitud con respecto a nivel del mar es de 478m.

El término municipal consta de 40 km cuadrados aproximadamente. En los que hay que destacar las 775 hectáreas de la Dehesa Boyal, por la que se accede a través de la carretera vecinal que une Aceituna con Santibáñez el Bajo. La Rivera del Bronco atraviesa la Dehesa de Norte a sur., esta Rivera es afluente del río Alagón. En la dehesa encontramos las zahúrdas antiguas y varias fuentes, y dos hornos de piedra que usaba el antiguo guarda de la dehesa. En cuanto a la flora destaca el roble melojo especie única que puebla toda la Dehesa, se ha repoblado recientemente de alcornoques.

Datos históricos.-

Según los contenidos de los "Interrogatorios de la Audiencia Real", Aceituna en el año 1790 constaba de 75 vecinos. Era considerada aldea perteneciente a la Villa de Galisteo, propiedad del Conde del Arco. En Galisteo estaba el Alcalde Mayor, y en Aceituna dos alcaldes pedáneos: Francisco López y Juan Pérez.

De los 75 vecinos la mayoría unos 50 se dedicaban a la agricultura, eran labradores y los principales cultivos eran: trigo, cebada, chochos y garbanzos; también había algo de vino y aceite (contábamos con tres lagares). Había 12 jornaleros que ganaban cuatro reales. También contábamos con 1 zapatero un albañil y un telar, el resto eran 10 viudas. Contaba con un pequeño hospital que asistía un cirujano pagado por los vecinos del pueblo. La casa del Ayuntamiento se dedicaba a la justicia en la cual había un calabozo y una cárcel exenta, ambos se usaban poco. Las calles del pueblo por aquel entonces eran un tanto desordenadas y con muchos canchales, de ahí nuestro apodo "canchaleros" porque era lo que más abundaba por aquí.

La parroquia data del siglo XVI, y es singular el campanario que se encuentra exento de la propia Iglesia. En el siglo XVIII contaba con tres ermitas. Una veneraba a San Pedro Apóstol a donde se celebraba una romería (esta ermita ya se encontraba destruida hacia el año 1790). Estaba situada en la margen izquierda de la Rivera del Bronco su origen se cree era visigodo. Las otras dos ermitas eran la ermita de los Santos Mártires y la única que se conserva la del Santísimo Cristo.

La Dehesa Boyal se dedicaba al pasto de ganado de labor, aunque parte de ella se encontraba llena de jaras y matorrales. Abundaba la caza de perdices, conejos y liebres; incluso por Real Orden se podía cazar lobos en las zonas del Castillejo y Sierra de Dios Padre. El ganado

que más abundaba era el ovino con 500 cabezas, seguido del caprino 200 cabezas, el porcino 90 cabezas y por último el vacuno con 12 cabezas.

Extrapolación de datos sobre la mortalidad.-

Según la profesora Luisa Clemente Fuentes la evolución de los datos sobre la muerte en esta localidad fueron los siguientes:¹²³

- De 1850 a 1950 se produce un aumento brusco de la mortandad, debido a una epidemia que padeció la población durante el año 1858.
- De 1863 a 1878 se da un incremento de fallecimientos.
- De 1879 a 1885 hay un periodo de acusada mortalidad por influencias de tipo cíclico y accidental (cosechas y azotes epidémicas) e higiénicas y sanitarias.
- En 1899 hay una gran mortalidad infantil por infecciones propias (sarampión y difteria).
- En 1919 se aprecia un ciclo ascendente de la mortalidad y después un ciclo descendente con una fuerte pendiente de la mortalidad.

En resumidas cuentas podemos concluir que la localidad de Aceituna, en ciertos momentos parece debatirse “entre la vida y la muerte” y que hasta bien entrado el S. XX no hubo un descenso lento y comprometido; y será a partir de los años 40, cuando se produzca un auténtico descenso. Es importante observar que hay un predominio constante de altos valores de mortalidad sobre los elementos de crisis.

Análisis del cuestionario.-

Para la elaboración de las entrevistas a los informantes y posterior análisis del mismo hemos seguido el siguiente esquema, que además pretende seguir un orden lógico

A) Previsiones para la muerte.

En cuanto a las previsiones de la muerte el informante nos cuenta que se tocaban las campanas de una forma característica y que esto significaba que alguna persona había fallecido. Ese toque característico tenía que ver tanto con el sexo como con la edad del difunto/a, puesto que había diferencias notables para anunciar si la persona fallecida era hombre, mujer o niño.

En lo referente a otras costumbres dignas de mención y ante la imposibilidad material de no poder desplazarse a los hospitales cuando las personas enfermaban, eran atendidas por los médicos en el mismo pueblo y en sus casas, sin embargo hay que reseñar que la inmensa mayoría de ellas morían en sus propias casas. De igual forma si la persona estaba pronta a morir por algún proceso de enfermedad también era costumbre visitarla y acompañarla durante y después de que falleciera.

¹²³ Idem pág. 44

B) Defunción.

¿Qué se hace con el cadáver, una vez que ha fallecido? Una vez que la persona había fallecido y en particular en el caso de los niños se metían en una cajita y se llevaban al cementerio, aunque les rezaban allí en la casa antes de partir al cementerio, además de acompañar su cuerpo con flores y responsos.

El velatorio: costumbres con motivo del mismo. Por normal general se velaba al difunto en su casa y era costumbre rezar oraciones específicas a tal fin, por ejemplo el "pater noster", etc. por el alma de ese difunto. En la actualidad la costumbre es velarlo en el Tanatorio y no ya en su casa.

Otras costumbres familiares y religiosas mientras está el cadáver de cuerpo presente era que los familiares y los vecinos más allegados iban a rezar durante todo el tiempo hasta la hora de llevarlo a la Iglesia. Era una manera de acompañar y consolar a la familia durante toda la noche.

C) Entierro.

En lo tocante a la convocatoria la solía hacer a través del boca a boca o también se hacía público mediante los pregones que alguna persona solía hacer además del toque de las campanas.

Hay costumbre de acompañar el cadáver y orden de la comitiva. La comitiva fúnebre iba acompañada con dos insignias que eran la cruz con una manga negra y dos velas a los lados que eran portadas por los familiares del difunto desde la casa donde estuviera hasta la Iglesia.

Los signos de respeto por parte de los que presencian el paso del cortejo fúnebre se observa que a diferencia de otros pueblos, aquí no existían las "plañideras".

¿En cuánto a la costumbre de conducir el cadáver a la Iglesia diremos que era costumbre de que fuera el sacerdote a casa del difunto y en procesión se acompañaba el cadáver hasta la Iglesia.

Las costumbres y prácticas más usuales en el acto del sepelio consistían en que los difuntos eran enterrados en la tierra y generalmente había una persona encargada de hacer la sepultura, y además era significativo que a poder ser se enterrara por la tarde. En un principio el sacerdote sí acompañaba a la comitiva hasta el cementerio, pero a raíz del cambio de ubicación del cementerio, -a las afueras del pueblo-, entonces tan sólo lo hace hasta el parque actual.

Con respecto a las sepulturas diremos que antes era el aguacil o el sepulturero el que disponía el lugar donde había de ser enterrado el difunto ya que eran pocas las

personas las que disponían de un panteón. Los nichos y panteones eran comprados por las familias. Había algunas personas que disponían de un seguro de decesos (que se encargan de traer la caja, las coronas de flores y pedir los respectivos trámites administrativos), como era el caso de un informante (Teófila). Ella nos comenta que su marido está enterrado en un panteón y que es costumbre de cada familia se ocupe de adornar las sepulturas y panteones de sus familiares difuntos.

Las formas usuales de dar el pésame era hacerlo en la Iglesia o en la casa del difunto; antiguamente los familiares no se ponían en la Iglesia para recibir el pésame, en la actualidad sí.

D) Prácticas posteriores al entierro.

A diferencia de otras localidades, aquí era frecuente el regresar del duelo a la casa mortuoria y se tenía una mesita con dulces como forma de agradecimiento a la gente por acompañar a la familia en esos momentos tan tristes.

Y durante algún tiempo se realizaban visitas de pésame en las que se iba a acompañar a los familiares del difunto y de alguna manera manifestar su cercanía ante el dolor y soledad.

En cuanto a las prácticas religiosas que se llevaban a cabo estaban las misas que tenían lugar cada cierto tiempo y que podían coincidir con el aniversario de la muerte del difunto, así como otros rezos como eran responsos, rosarios, etc.,

E) El culto a los muertos.

Con respecto a la conmemoración de los muertos durante el año había y aún sigue existiendo un toque de campanas característico la tarde antes para indicar que al día siguiente va a tener lugar una misa por tal difunto. A tal misa conmemorativa se la llama "de cabo de año", es decir, al año de producirse el fallecimiento; en otras ocasiones es al medio año y al mes.

En cuanto a aniversarios y prácticas con este motivo estaba la costumbre de poner un candelabro con velas gordas y se encendían durante la misa dominical y días festivos además de rezar un responso por el difunto que fuere y se cantaba, quedándose en la Iglesia los familiares y allegados del difunto. El sacerdote recitaba "las Encomiendas" y ello podía durar uno, dos o tres años y era una práctica remunerada.

Se visita el cementerio y se adornan las sepulturas.

Las prácticas familiares (oraciones, encender velas,...) se tenía la costumbre de rezar un novenario de rosarios, que consistía en rezar un rosario durante nueve noches en la casa del difunto.

Eran costumbres populares durante el día/noche de difuntos de que cuando termina la misa del día de los santos, los niños (monaguillos), piden por las calles del pueblo y las campanas son tocadas por ellos durante las 24 horas siguientes en recuerdo por todos los difuntos que hay en el pueblo. Es posible que el gesto de dar limosna a los niños sea una forma de agradecer el esfuerzo de tocar ininterrumpidamente las campanas durante todo ese tiempo.

Y por último, en cuanto a las creencias y supersticiones dignas de mención cabe destacar que se cree que hubo el espíritu de una señora que se la pareció a su nieta y para que se cumpliera una promesa hubo que comprar una imagen del Sagrado Corazón de Jesús; esta creencia o visión aún hoy se sigue transmitiendo.

CONCLUSIÓN.-

El presente trabajo, que ha versado sobre el estudio del último estadio del ciclo vital del hombre, -la muerte-, nos hemos referido a lo que sería factible denominar el sucesivo comportamiento de los vivos con los que han muerto o están en trances de fallecer. Señalemos, no obstante, que buena parte de las prácticas que hemos reseñado siguen vigentes en la actualidad, especialmente las que aluden los apartados “la prevención de la muerte”, “la muerte física”, “el entierro”, “las prácticas posteriores al entierro” y “el culto a los muertos” en la localidad cacereña de Aceituna.

Como poníamos de manifiesto al comienzo del mismo, -un tanto complejo pero no por ello menos interesante-, el tema de la muerte, ha tenido para innumerables generaciones de hombres y mujeres a lo largo de la historia un componente social y fueron formando un poso cultural alrededor de su acontecer, que sólo los vendavales de la Modernidad han logrado remover, incluso arrastrar, dejando un vacío sin referencias y, hoy por hoy, prácticamente carente de significados. Ahora se muere rápida y limpiamente, sin apenas más manifestaciones, que los meros trámites burocráticos; hospitales, residencias, tanatorios y funerarias, se encargan primero, de separar y alejar al enfermo del entorno familiar y, luego, de maquillar al muerto y a la muerte, despojándoles de cuidados, ritos y crudezas familiares y sociales. Más que desdramatizar a la muerte, ésta ha sido descafeinada, convirtiéndola en un trámite más o menos enojoso, a lo que ha contribuido también, en gran parte, la falta del sentido religioso del hombre actual; sin embargo en el contrapunto de tal tendencia, podemos afirmar que ahora se está llegando a ella (la muerte) con mucha más naturalidad, en lo que influye no sólo dicha falta del sentido religioso, sino también, la prolongación de la vida lograda por los avances de la ciencia.

No obstante, ese sentido aún sigue estando bastante intacto en pequeños núcleos poblacionales como es el caso de Aceituna y donde, a lo largo de todo el estudio, se ha puesto de

manifiesto el significado tan hondo que sigue teniendo para los habitantes de esta población los ritos, las costumbres y las formas que están en la base de dichas manifestaciones y que hemos intentado extraer e interpretar. Como observadores actuales, hemos tenido presente todo lo dicho, no sólo para interpretar las formas y los rituales, sino y sobre todo, para comprender los impulsos que animaron a las gentes de épocas pasadas, ante el último y decisivo trance de sus vidas a vivenciarlo y celebrarlo de unas maneras sociales, culturales y religiosas muy determinadas.

BIBLIOGRAFÍA

CLEMENTE FUENTES, Luisa. *"Enfermedad y muerte. Condicionantes económicos, higiénicos y sanitarios en tres pueblos cacereños (1850-1950)"*, Ed. Artes Gráficas, Cáceres, 1988.

DOMINGUEZ MORENO, J. M^a, *"Augurios de muerte en la Comarca de la Sierra de Francia"*, Revista Folklore, Año 1983, Tomo: 03b, Nº 32, Págs. 39-42

DOMINGUEZ MORENO, J. M^a, *"LA MUERTE EN EXTREMADURA: Apuntes etnográficos"*, Revista de Folklore, Año 1989, Tomo: 09b, Nº 108, Págs.183-187.

ENCINAS GUZMÁN, M^a Rosario. *"Estudio antropológico del comportamiento ante la muerte: Humanidad e inhumanidad"*, Rev. Cauriensia, Vol. IV, Año 2009, Págs. 293-328.

GARCÍA-ORELLÁN, R. *"Antropología de la muerte: entre lo intercultural y lo universal"*, Artículo en Cuidados Paliativos. Ed. Sociedad Vasca de Cuidados Paliativos, Año 2003, San Sebastián. España. Pág. 305-322.

MARCOS ARÉVALO, J. *"Nacer, vivir y morir en Extremadura"*, Ed. Regional, Junta de Extremadura, Badajoz, 1996

MEDIAVILLA DE LA GALA, L. M, *"Actitudes y manifestaciones populares frente a la muerte, en la comarca de 'La Peña' (Palencia)"*, Revista de Folklore, Año 2005, Tomo 25a, Nº 292, Págs.131-141.